

FERNÁNDEZ LABBÉ, MARCOS

**DROGAS EN CHILE 1900-1970:
MERCADO, CONSUMO Y REPRESENTACIÓN**

SANTIAGO: EDICIONES UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO,
2011, 196 PP.

El consumo de drogas es una práctica social que permanentemente ha sido combatida y reprimida por las autoridades de nuestro país, las cuales han actuado motivadas por el supuesto daño que provocan en la salud de la población que las ingiere. Sin embargo, y a pesar de los frecuentes decomisos de estas sustancias, designadas como drogas, y de las detenciones de traficantes que se realizan a lo largo de Chile, esta problemática sigue estando presente en la sociedad, lo que demuestra que las medidas que se han adoptado para erradicarlo han fracasado, al menos parcialmente.

Pues bien, el presente libro se involucra de lleno en esta temática, analizando Marcos Fernández, a través de sus páginas, su evolución en Chile entre los años 1900 y 1970. En los tres apartados que conforman este trabajo, el autor estudia la formación del mercado de las drogas en nuestro país, las maneras en que se buscó regular su distribución, así como la experiencia y representaciones que tuvo su consumo para las autoridades, los especialistas en el tema y los consumidores.

En la primera parte del texto, Fernández centra su análisis en la distribución de las drogas durante el período estudiado, y en el posterior comercio legal e ilegal de estos productos que se consolidó con el paso de los años. Para esto, comienza destacando los roles que tuvieron los boticarios y los médicos al momento de emitir recetas y de entregar los estupefacientes a las personas que los requerían, los cuales acudían a ellos con el pretexto de necesitarlos para remediar los dolores que les provocaban sus enfermedades, o simplemente para alcanzar una sensación de bienestar físico y emocional.

Luego de enunciar aquellas ideas, y como una manera de complementarlas, el autor señala una serie de aspectos que en conjunto permiten ver la complejidad de este tema. Entre estos, menciona la falta de fiscalización y rigurosidad que había en la distribución de estupefacientes, el descontrol existente en la zona norte del país con la circulación de la hoja de coca —que era consumida por trabajadores peruanos y bolivianos— y el contrabando que paulatinamente se iba ganando un importante espacio en el país.

La comercialización de las drogas es otro tema que Fernández expone en este apartado. Por una parte, menciona que existía permisividad para adquirir productos como el láudano, la morfina, el sedol y el pantopón, los que eran distribuidos debido a los fines de lucro que tenían los boticarios y médicos. También señala que esta distribución provocaba el tráfico, ya que los toxicómanos que adquirían los estupefacientes los mezclaban con ácido bórico y otros productos para su posterior venta, siendo situaciones que a pesar de la creación del Reglamento de Estupefacientes de 1936, el cual apuntó a regular las recetas y los preparados galénicos, no se lograron controlar.

Este último punto forma el eje central de la segunda parte del libro, en la que el autor rescata y profundiza temas anteriormente mencionados. Aquí destaca el papel que jugaron las farmacias y la policía a la hora de regular la distribución de droga, e indica que no fue sino hasta el año 1920 donde se buscó establecer medidas para controlar situaciones como el comercio de la hoja de coca en la zona norte por parte de peruanos y bolivianos, y también la facilidad con la que se vendían estupefacientes, lo que motivó la creación del Reglamento de 1936. Sin embargo, Fernández resalta las falencias que tenían estas medidas, ya que se alegaba la falta de un sanatorio especialmente preparado para tratar a los toxicómanos, y se reclamaba la asociación que se le hacía a la figura del enfermo con la del traficante, lo que perduró hasta 1960.

En el capítulo final del libro, Fernández estudia, por una parte, las representaciones que traía consigo el consumo de drogas, señalando que durante la época las autoridades diferenciaban a los adictos de acuerdo a los estratos socio-económicos a los que pertenecían, con la idea de encontrar causas por las que buscaban acceder a los estupefacientes. Destaca que mientras las personas de escasos recursos se hacían adictos por culpa de su pobreza y sus carencias

familiares, los sujetos de mejor posición social accedían a ellas por curiosidad, por querer ser cosmopolitas, y por frecuentar lugares como las cantinas, las casas de cita, las casas de juego y los prostíbulos.

Posteriormente, y con el propósito de intercalar las visiones existentes hacia los toxicómanos, menciona que drogas como la cocaína traían consigo un aumento en la personalidad de las personas, y una excitación del cerebro, y otras como la marihuana o el opio permitían entrar en un estado de relajación y de tranquilidad, siendo este último producto un tema de debate parlamentario, ya que se buscó cultivarlo en Chile para producir medicamentos, ahorrar costos de importación y combatir su tráfico. En conjunto a esto, señala que la abstinencia de estos productos derivaba en la desesperación, en la falsificación de recetas, y en el peligro para la “raza chilena”, por lo que se hacía necesario educar a la sociedad.

El último tema que el autor aborda en este apartado corresponde a la experiencia de las personas que consumían drogas, por lo que resalta que la necesidad física que estas provocaban traía graves consecuencias individuales o colectivas, tales como la psicosis y el robo patológico. Por lo mismo, con el propósito de mostrar el cambio que hubo en la visión acerca de los adictos hacia el final del período estudiado, se vale de publicaciones como las de la diputada radical Inés Enríquez Frodden, y las del doctor Pedro Macuada (*El suicidio por las drogas*), los que decían que al momento de tratarlos debía imperar la compasión por sobre el castigo debido a que no actuaban por voluntad propia, y se movían por predisposición física o sociológica. A su vez, y continuando con su análisis a través de estas fuentes, resalta que los consumidores se hacían adictos por tener vacíos en sus vidas o por simple curiosidad, lo que quedó demostrado con el caso de la marihuana, la que se abrió paso en la sociedad durante la década de 1960 gracias al movimiento hippie, el que la dispuso como un elemento atractivo para ir contra la autoridad y sus discursos.

Sobre la presente investigación, es posible destacar que el flagelo de las drogas en nuestro país está muy bien abordado por Marcos Fernández, el cual logra deducir los alcances que ha tenido esta problemática durante los setenta años estudiados, gracias a los enfoques y fuentes que utiliza en los tres capítulos. Al mismo tiempo, demuestra que el consumo de drogas es un tema

que goza de una larga estadía en nuestro país, con lo que logra desmitificar de manera definitiva la idea de que este dilema forma parte del mundo actual, lo que no dejará de sorprender al lector.

Como conclusión, es necesario decir que *Drogas en Chile 1900-1970: Mercado, consumo y representación* contribuye a los debates actuales sobre las implicancias que ha tenido la ingesta de estupefacientes para nuestra sociedad, y sobre las políticas de seguridad ciudadana que se han aplicado para erradicar el tráfico, las que en vez de disminuir su consumo han derivado en una fuerte represión y su consiguiente hacinamiento carcelario. Más allá de criticar a las autoridades, el libro sugiere ver a este dilema con una nueva óptica, ya que proponer dejar de lado la criminalización de todas las sustancias, prevenir su consumo desde la etapa escolar, y desintoxicar a las personas que están bajo las redes de las drogas adictivas.

JORGE GAETE LAGOS
Magíster (c) en Historia
Universidad Andrés Bello